



Taller de Lectura y Escritura I

Jonas Mekas (1922-2019)

Cuadernos de los sesenta

Escritos 1958 – 2010

En defensa de la perversión

21 de noviembre de 1958

En una sociedad bastarda, estandarizada, conformista y enferma, la perversión es una fuerza de liberación. Los profesores, guardianes de la Moral, la consideran horrible y degradante, pero es una gota del Espíritu Santo, un rayo de salvación.

Hay que dar en la tecla. Llegó el momento en el que la sabiduría silenciosa y la verdad actúan a través de la anarquía, la exageración y la negación. Cuando el inconsciente, en protesta orgánica contra las tendencias deshumanizantes, germina, estalla, y escupe su veneno.

Los Jóvenes Iracundos no son necesarios por presentar una nueva filosofía. No, serán otros quienes la creen en su debido momento. Su función es destruir. Están aquí contra su voluntad, para acabar con la rancia vanidad de su tiempo. Son el inconsciente de su (nuestra) época.

La Generación Beat e Iracunda es una forma de protesta. No todos los que forman parte de esta generación están enojados o derrotados. Las generaciones reciben sus

nombres a partir de unas pocas personas que expresan el ánimo colectivo del modo más evidente. El inconsciente total de su generación los impulsa a pronunciarse, a gritar, a reclamar, a revelar sus verdades, sospechas, esperanzas, soledades, advertencias y profecías. Son las verdaderas voces de sus generaciones. Son voces sensibles. Son perversas, no son normales. La normalidad es conformista, su principal preocupación es el dinero, está muerta, moldeada por Dwight y Mamie Eisenhower; está asociada a la modernización, a Harper's Bazaar, no huele a nada. Ser Beat hoy es ser anormal, es ir contra la normalidad y el conformismo, ser inmoral, ser perverso.

Hasta la perversión sexual es hoy en día una forma de protesta ineficaz contra la moral y la insensibilidad burguesas. Aun así, es preferible un pervertido a un empresario. El pervertido es alguien inocente, que grita y atenta contra sí mismo, no contra los demás. Cuando la sociedad se vuelva inhabitable, los valientes morirán. Los inocentes saltarán por la ventana, se cortarán sus inocentes venas, se bañarán en su inocente sangre, se perderán en sus sueños de hojas de marihuana. Los insensibles sobrevivirán y serán los nuevos Mamies, serán vendedores, piratas atómicos, profesores; serán como Dulles o Wouks.

Escuchen esas canciones, en la radio, en las rocolas; canciones baratas, canciones verdaderas. Las canciones populares norteamericanas son la cosa más triste que hay en los Estados Unidos, o quizás en el mundo. Presten atención a su tristeza sagrada. Ninguna otra nación grande y fuerte produjo canciones de tal tristeza: siempre provenían de naciones pequeñas y pisoteadas, pobres, golpeadas por la guerra y el hambre. Ahora esto sucede en los Estados Unidos. Es una tristeza angustiante, una tristeza suicida, sin amor. Escuchen jazz, esa especie de grito silencioso y triste, que se emite a escondidas, para uno mismo, en algún lugar muy profundo. Observen las pinturas de De Kooning. Ahí encontrarán la misma tristeza suicida, el mismo grito: él pinta desde el corazón y con el corazón de su generación. Los empresarios no se dan

cuenta de que estas canciones, el jazz, y De Kooning también son perversos, que desenmascaran las sonrisas muertas del Reader's Digest de Peale. El arte popular y el arte moderno cantan la verdad, al igual que todo aquello que es perverso hoy en día.

¿No será acaso que las Mamies y los Eisenhowers, que los vendedores y los materialistas, los Wouks y los profesores, son los verdaderos pervertidos? ¿No son ellos los que atentan contra la verdad de la vida, del amor y de la muerte? ¿No son ellos los que ensucian su vejez con modas de Mademoiselle y, angustiados, se marchitan sin disfrutar? ¿No son ellos los que convirtieron el amor en un asunto de citas y parejas? ¿Los que hicieron de la vida un negocio? ¿No es esa la verdadera perversión de nuestros tiempos? ¿No somos nosotros los seres sagrados?

¿No es Elvis Presley una especie de santo, al demostrar lo absurda que era la generación de sus padres mediante la exageración de sus ideales, comprando dos, tres, cuatro coches? Los ideales y verdades de nuestros padres se vuelven falsos y mentirosos cuando se les echa luz: no son más que un vómito podrido, maligno y amarillento.

Si sirve para destronar a la falsedad y a la podredumbre, para acabar con la moral y con este estilo de vida repulsivo, seamos, pues, iracundos, seamos beat, seamos perversos. Hoy en día es más honesto estar confundido que estar seguro (mientras sea tiempo de destronar). Es más honesto destruir que construir (no existe aún un espacio limpio sobre el cual hacerlo). Es más honesto ser un delincuente (juvenil) que aprender y aceptar un modo de vida basado en la mentira, el vómito y la basura.

Sagrados son los pensamientos y hechos delictivos, la insubordinación; la falta de respeto y el odio hacia su estilo de vida, sus filosofías, hacia toda forma de trabajo (que perpetúa la basura); sagrados son los beat y el Zen, la ira y la perversión.

Permitámonos, pues, negar y destruir; quizás así algunos de nosotros podamos reencontrar y preservar (hasta que vuelvan a ser necesarias) la verdad de la vida, la

espontaneidad, la alegría, la libertad, el júbilo, el alma, el cielo y el infierno. Liberémonos en nombre de la perversión, convirtámonos en James Deans y Presleys y Parkers y Osbornes, De Koonings, Kerouacs, Bernard Shaws, Millers, Genets, Villons, Rimbauds... Aprendamos la dinámica de la sagrada perversión, no seamos basura en la normalidad del siglo XX.

Así escupo sobre la generación que me produjo, y es el escupitajo más sagrado de mi generación.